

El rol futuro de la Medicina

Por el *Dr. Alexis Carrel*

Conferencia leída en las Jornadas Médicas de Bruselas, 19, 20, 21, 22 y 23 de Junio de 1937

(Asiste el Rey de Bélgica)

Sire, la presencia de S. M. a esta conferencia es para mí un honor por el cual estoy profundamente agradecido.

Vuestra Majestad se digna así sostener el esfuerzo aún incompleto pero lleno de promesas, de todo cuanto hoy día se realiza para estudiar las miserias humanas y tratar de hacer el camino de cada uno mejor y más feliz. Antes de comenzar mi exposición, deseo deponer a los pies de S. M. vuestra augusta Madre, la Reina Elizabeth, el homenaje de mi respeto y de mi admiración por la obra que ella ha realizado después de la heroica época de La Pane hasta este día.

Excelencias; Señores Ministros; Señor Rector; Señor Profesor Bordet; Señoras; Señores; Queridos Colegas:

I

Al margen de estas Jornadas Médicas de Bruselas, es útil, creo yo, preguntarnos cuál es la significación del inmenso esfuerzo que realizan las naciones civilizadas para adquirir la salud. Y además, reflejar una faz del rol que la medicina sería capaz de jugar en el mundo del mañana. Frente a la conquista de las enfermedades infecciosas y el aumento considerable de la duración mínima de la existencia humana, nosotros hemos demostrado como son pujantes las nuevas ciencias de la vida. Ninguna invención mecánica ha aportado a la humanidad ventajas tan grandes como la protección contra las bacterias y los virus, el desarrollo de la estructura y de las formaciones de nuestros órganos.

Este pasado es garantía para el futuro. Así como en la Edad Media las catedrales góticas florecieron sobre el suelo de Francia, en la misma forma en este siglo los laboratorios de biología se han levantado en todas partes del mundo. Y en estos laboratorios, descendientes espirituales de Claude Bernard, Pasteur, Roux, Bordet y de la más noble esencia de nuestra raza, elaboran silenciosamente el conocimiento nuevo que concederá una salud mejor y una más grande aptitud al buen humor.

El ulterior desarrollo de este conocimiento debe ser orientado por una clara noción de lo que falta por realizar. Es bien necesario saber que los triunfos de la medicina están lejos de haber suprimido la enfermedad. En vez de morir rápidamente por infección, morimos más lentamente, más dolorosamente de enfermedades degenerativas. Afecciones cardíacas, cáncer, diabetes, lesiones del riñón, del cerebro, de todos los órganos. La medicina no ha disminuído—aún cuando creemos lo contrario—, el sufrimiento humano. Este nos es aportado no solamente por las bacterias y los virus, más también por agentes más sutiles. La fragilidad nerviosa, el entorpecimiento, la corrupción moral, la locura, son más peligrosas para el porvenir de la civilización que la fiebre amarilla, la tifoidea y el cáncer. Es menester no olvidar que los alienados suman tanto como todas las demás enfermedades juntas. Nosotros estamos atentos también a los males debidos a causas más intangibles. Nuestra raza pierde el coraje de vivir. En los países civilizados, la reproducción de las mejores individualidades disminuye más y más. Existe especialmente un sentimiento de inquietud, de inseguridad, de confusión. Se podría decir que el hombre que se adapta al mundo que él creó. Se muestra incapaz de dirigirlo. Pues para el producto monstruoso de sus apetitos y de su inteligencia, necesitaría un pensamiento mucho más penetrante y una voluntad mucho más firme. La medicina ¿puede ayudarnos en la lucha contra el desorden orgánico y mental engendrado por la civilización moderna?

II

Para salir de este desorden, debemos adquirir la maestría de nosotros mismos y de nuestro mejoramiento. Y esta maestría no nos puede ser concedida sino a través del conocimiento de las leyes de nuestra vida. Tal conocimiento es posible, pues la ciencia abarca todo lo que es observable; lo espiritual e intelectual tanto como lo orgánico. Ella extiende su jurisdicción sobre la totalidad del individuo. Para elevarse a un conocimiento verdadero de la persona humana, la medicina debe precisar y otorgar sus conceptos. Por esto importa que no se desvíe de la ruta de la ciencia. Los conceptos científicos y los conceptos filosóficos son dos cosas diferentes.

Es menester no mezclar a ellas las disciplinas del espíritu. Debemos desechas los sistemas filosóficos—decía Claude Bernard—como se romperían las cadenas de una esclavitud intelectual. Fuera de la disciplina científica, la medicina, es independiente de toda doctrina. No tiene más derecho de ser vitalista que mecanicista, materialista que espiritualista. No saca ninguna ventaja que siga a Hipócrates o Paracelso, Freud o Eddy. La observación y la experiencia, son las solas fuentes del conocimiento. Y el método científico continuado hasta el fin, conduce necesariamente a la verdad.

El porvenir de la medicina está subordinado a su concepto sobre el hombre. Su grandeza vendrá de la riqueza de ese concepto. A riesgo de limitar el hombre a alguno de sus aspectos, ella lo debe abarcar en su totalidad. En reuniendo el cuerpo y el espíritu en la unidad de su realidad, la ciencia se elevará por encima de las abstracciones que la anatomía, la fisiología, la pedagogía, la sociología consideran respectivamente como equivalentes del individuo. En efecto, el hombre no es ni más ni menos lo que la observación nos revela del mismo. No aparece como un cuerpo compuesto de tejidos, de órganos y de humores. Este cuerpo manifiesta determinadas actividades que nosotros dividimos arbitrariamente en fisiológicas y mentales. Por necesidad metodológica, distinguimos entre las actividades mentales, procesos lógicos o intelectuales, y procesos no lógicos, tales como el sentido moral, la intuición, el sentido estético y el sentido místico. Estas actividades complejas se manifiestan como un cariz esencialmente simple. El hombre es a la vez complejidad y simplicidad, unidad y multiplicidad.

Y esta unidad, gracias a su multiplicidad estructural, no se encuentra jamás dos veces con los mismos caracteres. Cada individuo es una historia que no es idéntica a ningún otro. Es un objeto único en el Universo. No obstante forma parte de ese Universo. Aún no completamente comprendido en la continuidad física, puede escapar por su espíritu fuera del espacio y del tiempo; es inseparable de su conjunto físico, químico y psíquico. Es, en último análisis, parte de sus instituciones económicas y sociales.

Este concepto apoya únicamente sobre la observación. No contiene ninguna suposición o doctrina. Puede, pues, servir de base a una verdadera ciencia del hombre. Pero esta ciencia no existe aún, dado que nos hemos dedicado nada más que a la adquisición de conceptos fragmentarios. Nuestro análisis ha quebrado la continuidad del hombre y del cuerpo. El cuerpo ha sido dividido en órganos, células y líquidos. Y en el curso de esta disección el espíritu ha desaparecido. Es así que han nacido ciencias que tienen cada una por finalidad un aspecto ajeno al hombre. Nosotros las llamamos sociología, historia, pedagogía, fisiología, etc. Pero el hombre es mucho más que la suma de tales dones analíticos. Es, pues, ne-

cesario abarcarlo a la vez en sus partes y en su todo, cuando reacciona como unidad y no como multiplicidad en el conjunto cósmico, económico y psicológico. Y la solución de los grandes problemas de la civilización dependen del conocimiento, no solamente de los aspectos del hombre, más del hombre todo entero, mientras que el individuo está enclavado en un grupo, una nación y una raza. En una palabra, es necesario una verdadera ciencia del hombre.

III

El hombre, siendo a la vez múltiple y simple, su estudio debe ser a la vez analítico y sintético. Pide, pues, y por consecuencia, el empleo de métodos convergentes.

El primer método considera en el individuo su multiplicidad. Corta en el todo formado por sus actividades estructurales, fisiológicas y psicológicas fragmentos más o menos artificiales. Todas nuestras instituciones de búsquedas biológicas se han consagrado a este análisis. La citología, la fisiología, la patología, la genética, la química biológica, edifican poco a poco un conocimiento que es de importancia fundamental. Al mismo tiempo la psicología se desarrolla como una ciencia independiente. Existe, aún en el mismo París, un Instituto consagrado al estudio de la metapsíquica. Pero el análisis debe ser impulsado más lejos aún. Será útil por ejemplo fundar una institución para el estudio experimental del sentido moral y del carácter. Otro para el de la actividad estética y de la actividad mística. Otro aún para aplicar las técnicas de la fisiología y de la física a la búsqueda experimental de los fenómenos de clarividencia y de telepatía.

El segundo método tiene por objeto el individuo como unidad, sus relaciones con el conjunto cósmico, social y económico. Cada individuo es algo flúido donde la forma depende del conflicto de sus tendencias hereditarias con determinados factores físicos, químicos y psicológicos. Reacciona a tales factores de acuerdo a sus cualidades ancestrales específicas, es decir, de acuerdo a su tipo orgánico y mental. El conocimiento del tipo al cual cada uno pertenece es, pues, útil a las directivas de la educación, de la orientación profesional, y del modo de vida. Es menester conceder más importancia a la tipología humana, como lo ha hecho ya Nicola Pende en Italia. Igualmente a la eugenesia y a la modelación del hombre por los factores físicos, morales, intelectuales, estéticos y religiosos. En fin, al estudio de la deterioración mental y de la criminalidad. El problema de la nutrición ¿no merece ser abordado de manera más comprensiva? ¿Cómo mejorar el individuo por los medios químicos que están a nuestra disposición? Las relaciones de la nutrición y del desarrollo nervioso, intelectual y

moral no han sido suficientemente estudiados. Se han conformado generalmente con aplicar a los chicos los resultados de las observaciones hechas sobre ratas y ratones. Además, nosotros conocemos mal los efectos sobre el valor orgánico y espiritual de los individuos, de la usina y de la oficina, de cambios en la propiedad privada, del enorme abarrotamiento de las ciudades, de las comunicaciones rápidas, de las radios, de la técnica moderna de la publicidad y de la propaganda. Nosotros no sabemos cómo obran las escuelas, las universidades, las modas de la vida moderna sobre el equilibrio, el carácter, la resistencia nerviosa de la juventud y sobre la propagación de la raza. Sin ninguna duda, instituciones nuevas son indispensables al estudio de tales problemas y de muchos otros, donde la solución es urgente.

El tercer método difiere de los precedentes porque es sintético a riesgo de ser analítico. Es urgente de analizar conjuntamente los fragmentos de nuestros conocimientos, dado que tales fragmentos son casi inutilizables. Nosotros sabemos que los especialistas de la fisiología, de la medicina, de la pedagogía, de la sociología o de la religión, son incapaces de resolver los problemas que interesan a la persona humana en su totalidad. Por ejemplo, un educacionista que es educacionista, no está completamente calificado para dirigir la educación de un niño; o un economista para dirigir la economía de una nación; cuando ni la pedagogía, ni la economía política, de por sí solas otorgan a los educadores y a los economistas el conocimiento del hombre. El hombre considerado por los especialistas a través de sus propios conceptos no es el hombre completo. Debemos tener del individuo y de su conjunto una mira mucho más comprensiva. Pero esta integración no es realizable por el simple conjunto mecánico de trozos de conocimiento. La realizaremos, no por cierto situando especialistas alrededor de una mesa y organizando un comité de síntesis. Una síntesis no consiste solamente en el acercamiento de hechos. No es suficiente poner en contacto el oxígeno con el hidrógeno para formar agua. Es menester conceder a dicha mezcla la energía. De una manera análoga, la síntesis requiere la colocación en presencia de los hechos en la conciencia individual y de seguido la fusión de tales hechos por un esfuerzo mental. De tal esfuerzo, muy pocos hombres son capaces. Cuando la civilización industrial ha cometido la falta de formar casi exclusivamente especialistas, es decir, individuos que fulguran en un campo de dimensiones restringidas. Ella ha sofocado las inteligencias capaces de ser simultáneamente maestras en varias disciplinas. Estos son los espíritus que solos, pueden resolver los problemas fundamentales de la civilización. Para amalgamar los conocimientos de la biología, de la psicología y de la sociología, es necesario pues de un centro del pensamiento sintético, de una institución consagrada a la

integración de los conocimientos, que se podría denominar Instituto del Hombre, o de la Civilización.

Esta institución tendría como finalidad principal, definir los principios de la formación fisiológica y espiritual del individuo. Tendría que estudiar igualmente las condiciones sociales y mentales que son necesarias a la vida de cada uno y a la propagación de mejores elementos de la raza. Al mismo tiempo tendría la misión de examinar las invenciones mecánicas, las doctrinas filosóficas, el sistema alimenticio, los métodos de educación, las costumbres de vida, la legislación social y económica, etc., desde el punto de vista de sus efectos sobre el individuo considerado como un todo orgánico y espiritual. Por fin coordinaría los esfuerzos de las instituciones que se consagran hoy día a la disección de las actividades humanas. Así engrandecería un conocimiento analítico y sintético fácilmente aplicable a las necesidades actuales de la civilización. Podría también favorecer a los jefes de gobierno y a los directores de administración que se ocupan de la salud pública, de la educación, del trabajo, etc., las informaciones indispensables a la construcción del individuo y de la nación.

IV

Un tal conocimiento protegería al individuo contra las enfermedades orgánicas y contra la detención mental producida por la civilización industrial. Además, produciría la armonía de sus actividades y haría del mismo un buen elemento de la sociedad y de la raza. "Si es posible hallar algún medio que haga a los hombres más sabios y más hábiles de lo que no han sido hasta ahora, creo que es en la medicina donde hay que buscarlo", escribía Descartes hace 300 años. Hoy en día, gracias a la eugenesia y a una sabia utilización de los factores físicos, químicos, fisiológicos y mentales que obran sobre la formación del individuo, este deseo se ha vuelto realizable. La medicina puede ayudar a hacer desaparecer las tendencias hereditarias de cada uno. En el plasma germinativo de las razas que ocupan el Occidente de Europa, hay todavía inmensas potencialidades. Tales razas han dado la prueba de su fuerza creadora. Su genio es de una prodigiosidad diversa. Se ha manifestado en un César, un Carlomagno y un Napoleón. Pero también en un Dante, Ruysbroneck el Admirable, Newton, Pasteur. Ciertamente es que la génesis de los grandes hombres es aun desconocida. Pero ¿no hay que tratar en el presente de construir individuos de una más alta estatura intelectual y espiritual? La conquista de la sanidad no es suficiente. Es el progreso de la persona humana que se busca de obtener, cuando la casualidad de la vida es más importante que la vida misma. Tal es el rol futuro de la Medicina.
